j. c. orozco habla de sí mismo

por Jorge Alberto Manrique

Antes de nuestra era racional existió la era de los mitos. ¿Edad dorada? Quién sabe. Lo cierto es que el México posrevolucionario anterior al grande y problemático "despegue" actual fue un país de mitos, en todos los terrenos. De los artistas de cine a los políticos destacados, los charros cantores, los autores de boleros y los toreros, no había individuo prominente que no estuviera rodeado por un aura de consejas, de historias cuasi sobrenaturales que hacía resaltar su figura como un marco tallado hace resaltar un cuadro. De alguna manera aquellos personajes constituían, a los ojos del común de los mortales, figuras casi siempre espléndidas, ante las cuales palidecen sensiblemente los prohombres actuales, muy al alcance de la mano, muy de carne y hueso, incapaces de una intronización similar. La existencia de tal fenómeno nos habla de una vitalidad imaginativa que poblaba el ambiente mexicano y que ahora ha desaparecido. Los recursos de propaganda de nuestros días son mucho más vastos y variados, las capacidades de "promoción personal" son indudables en muchos, y sin embargo aquel fenómeno no parece repetirse. Cosas eran del tiempo.

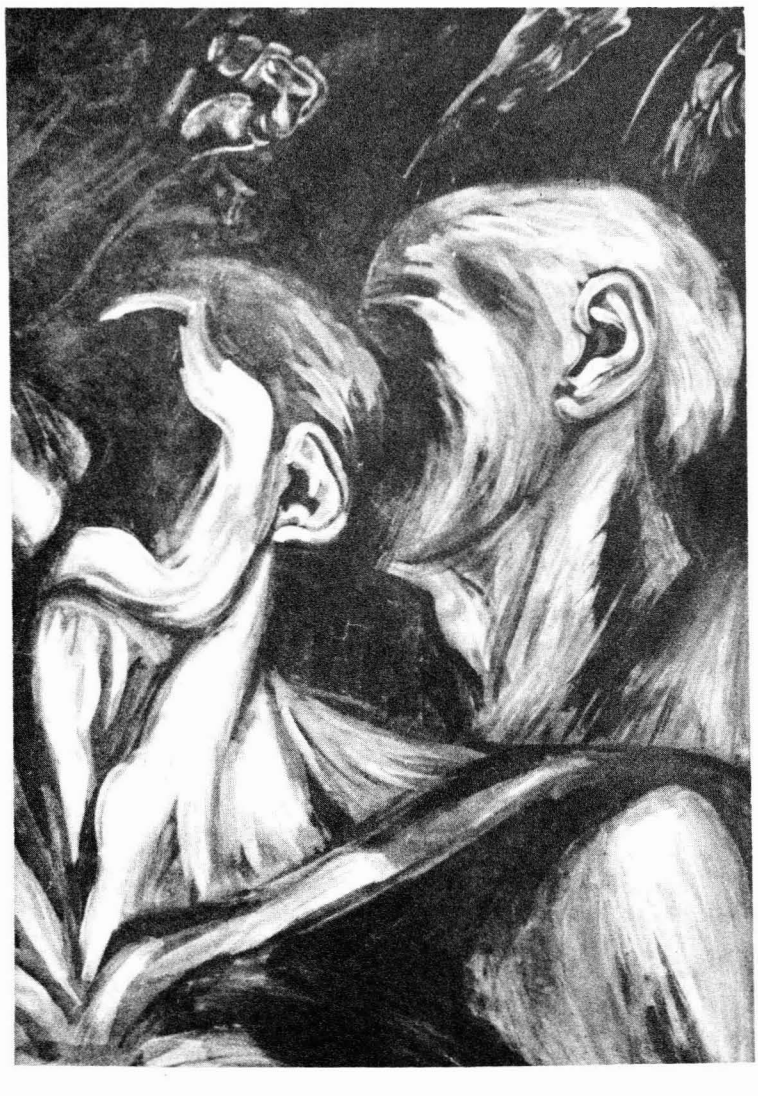
Si el México de hace todavía veinte años era propicio al mito, por razón natural éste tuvo uno de sus mejores campos de cultivo entre los artistas. "Los tres grandes", "El Renacimiento mexicano", "Diego caníbal", "El coronelazo"... son todos títulos que podrían ser de películas (pero de películas de aquellos años). El mito –aun este tipo de mito moderno– tiene como característico que se confunde con lo que llamamos la realidad objetiva, que constituye una realidad propia pero no ajena a la que aceptamos como racional. Cuando se vive la edad mítica la fábula se acepta automáticamente como verdad; cuando se vive una edad "racional" o "crítica" se siente la obligación de interpretar la fábula... y ahí es donde comienza el quebranto de cabezas.

La *Autobiografía** de José Clemente Orozco, serie estupenda de textos breves, nos presenta la alternativa de aceptarla tal cual (lo más sensato) o de intentar deslindar la verdad racional de la creación mítica.

A veinticinco años de haber aparecido en Ediciones Occidente y a muchos de haber desaparecido por completo del mercado, se reimprimen finalmente (y felizmente) los textos de Orozco. Hubo muy recientemente una edición en los Cuadernos de Cultura Popular de la Subsecretaría de Asuntos Culturales, que no llegó a circular seguramente porque lo habrán impedido los detentadores de los derechos. La edición de Era va aumentada por unos "Testimonios" de Margarita Valladares de Orozco, viuda del pintor.

Orozco el iconoclasta. Lo fue en su pintura y lo fue en sus escritos, especialmente en los de la *Autobiografía.* De la misma manera que en los grandes frescos destruía los mitos de nuestra historia, en sus textos destruye los mitos de la historia de nuestra pintura revolucionaria. Pero no podía escapar a ese su tiempo que era de fábulas, y destruye una realidad imaginada con otra igualmente inventada. No por eso inválida: todo lo contrario. Pero válida en un plano de realidad que no es exactamente el que llamamos objetivo. La *Autobiografía* es un texto fundamental para entender y conocer la pintura de Orozco y la de la escuela mexicana, pero se equivocaría quien la tomara por "verdad" en sentido objetivo. Se trata de un sutilísimo juego de espejos en donde pueden apercibirse los objetos fragmentariamente, con las proporciones alteradas o aislados o colocados en otro contexto. El lector puede tomar el partido de aceptar la verdad que Orozco le propone, en un sentido absoluto, pero debiera tener la conciencia de que al hacerlo acepta la metáfora y la fábula que contiene; o puede, disecando el texto, tratar de rescatar el dato preciso. La *Autobiografía* es ciertamente un documento de primer orden, pero lo es de la misma manera que un poema, no como un telegrama o una partida de bautizo encontrados entre los papeles de un archivo.

Frente a los textos autobiográficos de sus compañeros pintores –compañeros en la pintura y en la leyenda de la pintura mexicana– (Luis Suárez: *Confesiones de Diego Rivera,* Era, 1962; Julio Scherer García: *La piel y la entraña. Siqueiros,* Era, 1965), el de Orozco resulta sin duda muy superior. En parte quizá porque fue escrito directamente por él, y no transcrito de conversaciones, como en los otros dos casos. También porque Orozco poseía un sentido excepcional del idioma escrito; él mismo decía en una carta a J. Fernández (dic. 1945), con un punto de ironía y otro de candor, que"como pintor soy muy buen escritor". Su *Autobiografía* es sin duda un instrumento fundamental para el conocimiento del pintor; no tanto una fuente de datos, cuanto un medio para entender (o mejor: para sentir) su personalidad. Así lo



han comprendido quienes se han ocupado de la obra orozquiana, especialmente Justino Fernández y Luis Cardoza y Aragón. Más todavía, como Justino Fernández lo ha dicho, la *Autobiografía* no sólo es un documento para mejor conocer a Orozco, sino para mejor conocer la época que vivió Orozco, ya en México, ya en Nueva York.

Textos breves, que no parecen obedecer a un plan rigurosamente estructurado, vienen a ser cuadros casi autónomos de diversos momentos de la vida del pintor y de los sucesos en que tomó parte. Como se sabe, esos pequeños textos aparecieron en 1942 en el periódico *Excélsior,* y conservan en buena parte el tono periodístico. Esto no es en detrimento de la obra: le da justamente a ésta un sabor de apunte, de trazo rápido y desenfadado. Lo irónico y aun lo mordaz están siempre presentes: "La revolución fue para mí el más alegre y divertido de los carnavales", o bien "en lugar de mandar capitanes crueles y ambiciosos, España debió haber enviado numerosa delegación de etnólogos, antropólogos, arqueólogos, ingenieros civiles... enfermeras de la Cruz Roja...". Lindando con el humor aparece esa furia terrible que reconocemos en mucha de su obra, ese fuego que lo consume todo: "estaría en pie todavía el gran Teocalli, bien desinfectado para que la sangre de los sacrificados no se pudriera y poder hacer morcilla fresca con la misma..."

En esa avalancha de sarcasmo casi brutal se lleva entre los pies a buena parte del mito de la pintura de la escuela mexicana. Desde el famoso "Siqueiros redactó y todos nosotros aceptamos y firmamos". Quizá nunca se haya hecho una crítica más demoledora a los postulados de la escuela mexicana como la que hace Orozco en su *Autobiografía,* por más que para atemperarla deba recordarse que la hace "a cabeza pasada", veinte años después de haberse inciado el movimiento. Y sin embargo, después de haber repartido golpes en todas direcciones, resulta conmovedor cómo se empeña en salvar a algunas personas y algunas ideas, cómo insiste en el "derecho" de un pueblo a crear su propio arte, cómo cree con fervor en una forma nuestra de arte, cómo admira y respeta al Dr. Atl porque lo sigue viendo como el Prometeo que les entregó a aquellos jóvenes de principios de siglo el fuego de los dioses. Y por sobre todas las cosas, cómo cree, con una pasión apenas encubierta en la modestia sincera, en su propio arte: no tanto en lo que había hecho, sino en sus posibilidades de hacer. La misma furia demoledora y la misma pasión y la misma fe que puede verse en sus cuadros.

También como un cuadro, el texto de la autobiografía tiene la gran virtud de acentuar las zonas de interés y dejar pasar desapercibidas las que por una u otra razón no le importa tratar. Así, se libra de lo que todo texto autobiográfico suele tener de explicaciones inútiles o de anécdotas sobradas. Ejemplo: "Encontrando poco propicio a México en 1927, resolví ir a Nueva York..." En muchos casos como éste, cuando no se le antoja dar explicaciones no las da, dejando al lector (como, *mutatis*

mutandis, al espectador de sus murales) en suspenso. Del mismo modo que una obra musical está hecha tanto de sonidos como de silencios, y una pintura lo está tanto de zonas activas como de zonas pasivas, el texto de Orozco vale por lo que relata y por lo que calla. La visión que de una circunstancia y de sí mismo nos da Orozco en forma literaria responde absolutamente a la que nos da con líneas y colores: una y otra se iluminan mutuamente.

Estos textos reunidos como autobiografía se complementan con otros, especialmente los que ha dado a conocer Justino Fernández (*Textos de Orozco,* UNAM, 1955), aunque ciertamente sólo pocas veces la calidad y el interés de éstos iguala al de aquéllos.

En la nueva edición de Era, la *Autobiografía* va seguida de unos testimonios de la viuda de Orozco. Desgraciadamente son muy decepcionantes. No sólo porque después de la brillantez de la prosa del maestro la de su consorte resulta deslucida, sino porque no encuentra uno ahí quizá lo único que podría apetecer: una nota de humanidad y de ternura, el recuerdo de un Orozco más "casero", de un hombre quizá de pequeñas manías, quizá con algún gusto peculiar, quizá con ninguno. El Orozco hombre cotidiano no aparece por ninguna parte en las notas de la señora Valladares, y es lástima. Sorprende que esas páginas tengan un indefinido olor a resentimiento (¿contra qué? , ¿contra quién?) y a amargura. Su autora parece tratar de pelearse contra algo o alguien, y el lector se pregunta a cuento de qué se tiene que enterar de lo que no le interesa. ¿Qué importa lo que la señora diga acerca de si Orozco perteneció o no a una escuela, cuando tenemos la propia palabra de Orozco y –sobre todo– su pintura para sacar nuestras propias conclusiones? ¿A qué ese empeño en decirnos que su marido no quería para nada a otros pintores? ¿A qué insistir en que con la frase "fallecido en el Seno del Señor", puesta en su esquela, ella no quería significar que Orozco hubiera sido católico? Las mismas alabanzas continuas que hace de Orozco parecen fuera de lugar: el pintor tiene un sitio indudable en la historia del arte –más allá de las diferencias personales de opinión–, y ciertamente no será un elogio de su viuda lo que sea capaz de colocarlo más alto. En fin, quizá lo que llega a hacer molestas estas páginas es su terrible frialdad y una inesperada carencia de ternura. El mediano interés de alguna anécdota poco conocida no basta para salvarlo. Mucho mejor habría sido, sin duda, que la señora Valladares viuda de Orozco hubiera dado a la imprenta algunas cartas de esos "centenares" que dice poseer.

En fin, vale la pena decir que Ediciones Era, aparte el buen tino de dar a luz un texto de la importancia de la *Autobiografía,* ha conseguido un bello libro, desde el punto de vista tipográfico, muy bien ilustrado; se ha tenido incluso el cuidado de incluir varias de las obras que adornaban la edición original, lo que en cierto sentido acrecienta su valor.

* José Clemente Orozco: *Autobiografía,* México, Era, 1970.